

Zapatos en pie de paz.-

Un 44 negro del pie derecho, de 60 euros, viajó por el espacio al grito de “asesino, vivan los derechos humanos y viva el Kurdistán libre”. El zapato que Hocman Joma, un joven de 27 años, de origen kurdo y con pasaporte sirio, arrojó contra el primer ministro de Turquía, Recep Tayyip Erdogan, ni siquiera rozó al mandatario turco. A la puerta del Ayuntamiento de Sevilla donde acababa de recibir un premio, el calzado chocó contra la carrocería de su coche oficial y cayó junto al automóvil como un casquillo de cuero que recogieron los escoltas y que alguien terminaría por catalogar como prueba de una fallida agresión. Un crimen jocoso si no fuera porque la justicia española mostró una desproporcionada crudeza con respecto al frustrado agresor, detenido desde un primer momento y amenazado de expulsión por su situación irregular –tramitaba en ese momento la renovación de su permiso de residencia-- o de repatriación a Siria, un país del que pudiera no salir vivo.

Un guardaespaldas turco le inmovilizó en el suelo y le condujo de inmediato al furgón policial, tapándole la boca y la nariz. Intento de atentado contra un Jefe de Estado, le imputaron cuando llegó ante un juez. Agresión a la policía y resistencia a la autoridad fueron algunos otros cargos barajados en su contra. Ingresado de inmediato en la prisión de Sevilla I, su defensa, que ejerció el letrado Luis Ocaña, promotor del libro que ahora tiene usted entre las manos, reclamó sin suerte libertad sin fianza. ¿Por qué? Porque a su juicio fueron irregulares las imputaciones de los delitos por los que fue enviado a prisión; que la imputación del delito de injurias, al llamar a Erdogan "criminal y asesino" es irregular ya que "no existe denuncia del ofendido", y el de resistencia a la autoridad también "porque no hay parte de lesiones por parte de los agentes que le detuvieron, ni se produjo resistencia". Desde el primer momento, Ocaña también rebatió el supuesto delito contra la comunidad internacional, señalando que "se refiere a aquellos casos en los que se atente de manera grave contra miembros de la comunidad internacional, y en este caso el zapato ni siquiera llegó a impactar contra el primer ministro turco". Para el 28 de junio de 2010 se ha señalado el juicio contra Joman, que se juega una pena de tres años y ocho meses de prisión así como una multa de 1.500 euros e incluso la expulsión de España, país adonde llegó en 2005 como solicitante de asilo, aunque nunca le fue concedida dicha gracia. Una pena mucho mayor, en cualquier caso, a la que terminó cumpliendo en Irak el autor del famoso zapatazo contra Bush, en diciembre de 2008, que sólo vivió nueve meses de cárcel.

"No creía que por lanzar un zapato estaría hoy en la cárcel", declaró en prisión al periodista Ángel Munárriz, del diario “Público”. A la policía de Siria le faltó tiempo para interrogar a su padre, que vive al noroeste del país, en la región de Ainel Alrab.

No pertenece a ninguna organización kurda, afirma Joma. Sólo se define como un hijo legítimo de su pueblo, que no entiende por qué no puede estudiar su lengua –de origen indoeuropeo y sin relación alguna con el árabe ni con el turco-- o por qué los suyos se encuentran cada vez más postergados, desde Irak a Siria o Turquía. Desde hace una década, estos dos últimos países colaboran en la lucha contra los rebeldes kurdos, actúen contra el país que actúen: gracias a dicha cooperación, han sido detenidos decenas de militantes del PKK, la principal organización kurda, y fruto de dicho proceso también fue la expulsión de Damasco, en 1999, del líder de dicha organización,

Abdullah Öcalán. Sus partidarios le conocían como “apo”, que en kurdo quiere decir “tío”, pero en aquel momento terminó siendo detenido por los servicios secretos turcos. La Siria de Bachar al Asad, a la que no quiere retornar este joven, aparece en diversos informes realizados por el Departamento de Estados norteamericano y por el Reino Unido, como un país en donde durante el pasado año ocurrieron numerosos casos de desapariciones de kurdos, muertes no aclaradas y otro tipo de atropellos contra dicho pueblo, incluyendo documentados casos de tortura.

Al menos, Hokma Joma cuenta ahora con el respaldo de la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía. A sus espaldas, un largo viaje a través del norte de Africa, hasta Marruecos, donde pagó tres mil euros para cruzar a España, donde ha trabajado en diversos oficios, desde soldador a vigilante o camarero.

No cabe duda de que Turquía es un socio estratégico del Gobierno español en su encomiable alianza de civilizaciones. Y somos muchos quienes apostamos abiertamente porque la vieja Asia Menor se incorpore de pleno derecho a la Unión Europea, a pesar de las reticencias del núcleo duro de la Europa de los mercaderes, comenzando por Alemania. Sin embargo, la causa del pueblo kurdo también merecería el respaldo solidario de nuestro pueblo, salvando los excesos que hayan podido cometer en su legítimo derecho a la resistencia. Sin embargo, ese zapato en pie de paz, tan similar al que el periodista iraquí Muntazer al Ziadi contra Georges Bush en Bagdad no es más que una respuesta simbólica y hasta cierto punto inocente a las calamidades políticas y militares que viene sufriendo desde antiguo el Kurdistan y sus habitantes.

Claro que el gesto iracundo de Joma venía a coincidir con una serie de acontecimientos inquietantes en Estambul. Por ejemplo, ese mismo día, el Gobierno turco procedía a la detención de medio centenar de militares en lo que considera la mayor redada contra una trama golpista de Turquía: lo que no suele trascender es que buena parte de los militares turcos abanderan la necesidad de que su país mantenga los mismos principios laicos que consolidó durante su progresivo coqueteo con Occidente a partir de comienzos del siglo XX. Algo con lo que no comulga el integrismo dialéctico de Erdogan, partidario de aumentar la islamización tranquila del país.

De hecho, no faltó quien, en un claro exceso, le vinculase al yihadismo y por ello fue encarcelado en 1998, al recitar los controvertidos versos de *“las mezquitas son nuestros cuarteles, las cúpulas nuestros cascos, los minaretes nuestras bayonetas y los creyentes nuestros soldados”*: se ignora si la historia le absolverá por ello pero el pueblo sí, al votarle como primer ministro. Incluso, desde dicho cargo, llegó a justificar la terrible matanza de Darfur a menos de Omar Hasan Al Bashir, presidente de Sudan, reclamado por la Corte Penal Internacional por “exterminio, tortura, violación y ataques a la población civil”. Sus argumentos fueron, cuanto menos, pintorescos al señalar que Al Bashir no podría hacer tales cosas porque “un musulmán no cometería genocidio”.

Tan sólo unos meses antes de la acción de Joma, en diciembre de 2009, el Tribunal Constitucional de Turquía acordó ilegalizar al pro kurdo Partido de la Sociedad Democrática (DTP), por considerar que existen vínculos entre esta formación y el ilegalizado Partido de los Trabajadores del Kurdistan, una organización armada que es considerada terrorista por la Unión Europea y por Estados Unidos. La prohibición de este partido, que disponía de 21 escaños en la Gran Asamblea Nacional Turca, se basaba en una acusación de la Fiscalía por entender que esta formación es “un foco de acciones

contra la unidad del país". Junto a dicha sentencia, también se prohibió a 37 miembros del partido DTP, entre ellos su presidente, Ahmet Türk, y una diputada, participar en la actividad política durante cinco años, para impedir así su integración en otras fuerzas políticas.

Como dato curioso, cabe reseñar que el presidente del juzgado que dirimió el caso, Hasim Kilic, afirmó que se ha tenido en cuenta la decisión sobre la ilegalización del partido vasco Batasuna, acusado de pertenecer al entorno de la organización terrorista ETA. El alto tribunal consideraba probados los vínculos entre el partido DTP y el ilegal PKK, que desde 1984 se enfrenta a las autoridades de Ankara para lograr una autonomía de los 12 millones de kurdos que viven en Turquía.

Ese fue uno de los argumentos que movió a Joma en su acción espontánea, ingenuista, indolora: "Soy kurdo –declaró a 'Público'--, y no podía permitir cruzarme con este hombre y no decirle nada, y que viniera a recoger un premio, que no entiendo por qué se lo concedieron, y se fuera tan tranquilo. El Gobierno turco ha iniciado cinco guerras contra mi pueblo, en las que mata a gente, a niños. (...) Yo no quería hacerle daño, sino que los españoles conocieran la situación del pueblo kurdo, y supieran que existe. Si no lo hubiera lanzado, tal vez mucha gente desconocería su situación. No quería humillar al primer ministro turco, pero sí que supiera él también que hay kurdos en todas partes, que su lucha está viva y que no olvidamos".

Arrojar un zapato no debiera figurar, desde luego, en los manuales de urbanidad, pero tampoco figura explícitamente en nuestro código penal. Se trata de una forma de expresión, un tanto exagerada, quizá porque lo que se exagera en Turquía son las mordazas: en dicho país, en la actualidad y según informes del Sindicato de Periodistas Turcos, hay más de cuarenta informadores en prisión, el último de ellos, Vedat Kursun, antiguo editor del diario en lengua kurda "Azadiya Welat", condenado el pasado 14 de mayo a 166 años de cárcel por un delito de apología del PKK, el citado grupo armado. La acusación, eso sí, había pedido 525 años de cárcel para el periodista por usar términos como "Kurdistán" para referirse al sudeste de Turquía; "guerrilla" y "mártires" para hablar de los miembros del PKK; y "líder del pueblo kurdo" en referencia a Abdullah Öcalan, el dirigente histórico del PKK, condenado en la actualidad a cadena perpetua. Durante el proceso, Kursun intentó defenderse alegando que otro tribunal desestimó una causa similar contra una publicación nacionalista turca que había pedido "cinco cabezas (de los nacionalistas kurdos) por cada mártir (del Ejército turco)" al considerar que estas declaraciones sí entraban dentro de los límites de la libertad de expresión; "En nuestra publicación no se puede encontrar una sola noticia que promueva la violencia. No creo haber cometido ningún crimen", manifestó Kursun, que no era la primera vez que pisaba la cárcel. En febrero, otro de los anteriores directores de "Azadiya Welat", Ozan Kiliç, fue condenado a 21 años y 3 meses por un caso similar al de Dursun.

Pero la historia viene de mucho tiempo atrás. Los orígenes del pueblo kurdo se remontan hasta 5.000 años atrás, pero en rigor casi nunca tuvieron un lugar en el mundo: con frecuencia, sus aspiraciones políticas o territoriales en Oriente Próximo se vieron sojuzgadas por grandes potencias o por pequeños países.

Lo que suele considerarse como las fronteras históricas del Kurdistán abarcan 500.000 kilómetros cuadrados, a partir de los lagos Urmia y Van, limitando al norte con el

Cáucaso, al sur con el valle mesopotámico, al oeste con la cordillera del Tauro Oriental (Anatolia) y al este con los Montes Zagros. Se trataría de una extensión de terreno muy superior a la geografía actual de Irak o de Siria. Esto es, un mapa imposible en los tiempos que corren, ante el polvorín que supone dicha región. Se calcula que hay 28 millones de kurdos repartidos entre Turquía e Irak, fundamentalmente, pero también repartidos por el sur de Irán, en Siria, Afganistán, Líbano, Israel y algunas repúblicas de la antigua Unión Soviética, como Azerbaiyán y Armenia. Pero su diáspora abarca desde los suburbios de Ankara, Estambul o Diyarbakir a paraderos remotos de Estados Unidos o la Unión Europea –en especial Alemania y el Reino Unido--. Todos ellos, estén donde estén, conmemoran entre finales de marzo y comienzos de abril su particular año nuevo, la fiesta de Nevruz, que conmemoran la resistencia del herrero Kawa contra la tiranía del rey Zohak, hace 2.600 años.

Su credo original guarda relación con el mazdeísmo, la creencia de Zaratustra que propiciaba una relación estrecha entre la naturaleza y el ser humano. Tras su conversión semiforzada al Corán en el siglo VII, los kurdos asumieron un islamismo sincrético, alejado del integrismo y muy marcado por la escuela sunní, con una fuerte carga de misticismo.

Pastores por tradición, la presencia entre dicho pueblo de latifundistas y de señores de la guerra ha propiciado unas relaciones casi feudales, aún hoy en día. La arqueología ha rastreado doblamientos kurdos en torno al 5.000 antes de Cristo, aunque el origen de dicho pueblo puede situarse en la alta mesopotamia. Ya habló de ellos Jenofonte en la Anabasis. Y uno de sus máximos exponentes culturales fue Abu al-Hasan Alí ibn Nafí, más conocido como Ziryab o Pájaro Negro, un músico y poeta que arbitró la elegancia de la corte cordobesa de Abderrahman II. Saladino, el rival de los cruzados de Ricardo Corazón de León, también fue kurdo. Y el poeta Ehmede Xani.

Más recientemente, el pueblo kurdo sufrió durante el siglo XIX el afán centralizador del imperio otomano que sojuzgó sistemáticamente sus rebeliones. Al menos hasta la derrota y segregación del imperio turco al finalizar la I Guerra Mundial. Fue entonces, a partir del Tratado de Sévres de 1920 cuando se reconoce la independencia de Armenia y se consolida una república kurda en el antiguo principado de Mosul, en el territorio conocido hoy en día como Irak. El sueño de la independencia de armenios y kurdos duró apenas trece años, bajo el brazo de hierro del general Kemal Attaturk, el "padre de la patria turca". Se trata, sin duda, de un personaje fundamental en la historia del siglo XX, con un gobierno pleno de luces y de sombras en el que no faltaron tampoco crímenes de Estado. Tras protagonizar el golpe que derrocó al último sultán, Attaturk proclamó la república, expulsó a griegos, italianos y franceses de Anatolia y dio al traste con cualquier sueño independentista, prohibiendo desde muy pronto la lengua kurda y de toda expresión pública de aquel pueblo al que calificaba despectivamente como "turcos de la montañas". Claro que su nacionalismo a ultranza buscaba guiños cómplices con Occidente y prueba de ello fue la adaptación del alfabeto turco al modelo latino convencional.

La suerte del Kurdistán estuvo definitivamente echada tras el descubrimiento de pozos petrolíferos en su subsuelo. Aliado con Francia y Gran Bretaña, Attaturk auspició la creación de la firma Irak Petroleum Company, participada por capital de ambos países y de Estados Unidos, en un mercado internacional de intereses millonarios en los que

también participaron firmas como British Oil, Irak Petroleum o Anglo Persian, a partir de la entrada en servicio del oleoducto Alepo-Mosul-Bagdad.

Los kurdos volvieron a sublevarse en sucesivas ocasiones --1922, 1925 y 1938--, desde Irak a Turquía, pero todos esos levantamientos conllevaron una fuerte represión, ya fuera a manos del ejército británico o del ejército turco. Tras la Segunda Guerra Mundial, se funda el Partido Democrático del Kurdistan (PDK), que apostaba por la autonomía dentro de un supuesto Irán democrático. Se trató de un movimiento liderado por Qazi Mohamed que contó con el respaldo de la URSS, al menos durante un cierto tiempo, lo que permitió crear la República de Mahabad, disuelta nuevamente por el Sha y sus aliados británicos y estadounidenses una vez que los soviéticos abandonaron la zona.

Manipulados, humillados, silenciados, los kurdos jamás fueron sumisos. En Irak, Sadam Hussein les permitió un parlamento autónomo en Arbil, que en realidad fue utilizado como títere en la estrategia bélica con Irán, lo que no impidió que el dictador depuesto en 2003 por la invasión de Estados Unidos y de sus aliados asesinara en 1988 con gas mostaza a 5.000 habitantes kurdos de la ciudad de Habacha, so pretexto de que estaban apoyando a los iraníes. Cuatro años antes, en la Universidad de Ankara, se gestó el PKK (Partidos de los Trabajadores del Kurdistan), de inspiración marxista-leninista, liderado por Abdullah Öcalan y promotor de un proceso de resistencia armada en las montañas del sureste de Turquía, lo que derivó en una guerra sin cuartel que se ha cobrado más de 15.000 vidas, en su mayoría de los propios kurdos.

En 1991, la llamada Guerra del Golfo provocó que Sadam Hussein bajara la guardia de fronteras para adentro, lo que permitió un levantamiento de los chiíes al sur de Irak y de los kurdos al norte: fue entonces cuando se creó el Frente Nacional del Kurdistan, cuyas fuerzas lograron liberar una amplia área que llegó hasta Kirkut y Mosul. He ahí el problema: los pozos petrolíferos de dichos enclaves eran vitales para Bagdad y los kurdos fueron nuevamente masacrados, mientras que más de dos millones de fugitivos protagonizaron un éxodo masivo a través de las montañas. La presión internacional llevó entonces al Consejo de Seguridad de la ONU a establecer, mediante la resolución 688, dos zonas de exclusión aérea, una situada al sur del paralelo 33° para los chiíes y otra al norte del 36° para los kurdos. Bajo dicho paraguas, fue posible un cierto autogobierno sin reconocimiento oficial, pero que pudo incluso convocar elecciones en mayo de 1992, por la que se creó una asamblea nacional que proclamaría de inmediato al Consejo kurdo de gobierno pero que terminó provocando una profunda división entre el PDK de Barzani y el UPK de Talaban, en un pulso por el poder y por el control del contrabando petrolífero que siguió al embargo internacional sobre Sadam Hussein. Dicho divorcio provocaría que el líder del partido Baaz acabara con dicho ensayo tras la ocupación de Arbil en 1996. La terrible Tormenta del Desierto, sin embargo, hizo concebir nuevas esperanzas al pueblo kurdo atrincherado en Irak.

No fueron mejores las cosas en Turquía: allí, los Komandos del Partido de la Recta Vía protagonizaron un proceso de limpieza étnica y deportaciones masivas que alcanzaron incluso al sur, esto es, al norte de Irak, donde miles de soldados turcos irrumpieron en marzo de 1995 a la búsqueda de refugios del levantisco PKK.

A lo largo de las últimas décadas, Siria, Iran, Irak y Turquía siempre olvidaron sus diferencias a la hora de impedir que se creara un estado kurdo de pleno derecho. Incluso han sumado esfuerzos a la hora de reprimir a ese enemigo común y silencioso. Cuando

no le utilizaron para favorecer sus intereses estratégicos puntuales. Mientras, Estados Unidos ha dejado hacer, sin que falten paradojas tan formidables como que una misma base de utilización conjunta en Turquía sirviera para que aviones estadounidenses bombardearan Irak so pretexto de defender al pueblo kurdo y que bombarderos turcos volaran desde allí para acabar con focos de resistencia kurda al sur del territorio.

Y es que, en definitiva, pareciera que la única bandera que ondea realmente sobre la zona sea la del petróleo: un laberinto de oleoductos cruza el Kurdistán, estratégicamente situado en una encrucijada vital para la explotación de los yacimientos petrolíferos del Mar Caspio. En sus coordenadas actuales, se produce el cien por cien del petróleo que facturan Turquía y Siria, pero también hay pozos de importancia en los enclaves kurdos de Irak y de Irán. Por no hablar de otras fuentes de energía: el gaseoducto Blue Stream transporta el gas ruso a través de Turquía bajo el Mar Negro, a espaldas de los kurdos y con la cooperación de grupos económicos de la Unión Europea, ese selecto club que impide por el momento la entrada a los turcos.

Detrás del zapato contra Erdogan, no sólo puede apreciarse la rabia de un joven refugiado al que ni siquiera se le reconoce dicha condición. Detrás de ese gesto, había mucha sangre y mucho dolor. Y es que esta es una historia repetida, se llame su protagonista Hokma Joma o como se llame: "Siempre escribimos más o menos lo mismo sobre los kurdos: su fracaso histórico, el largo rosario de traiciones, la batalla en solitario contra poderosos vecinos...", escribió Manu Leguineche. No veo motivos para contradecir al maestro.

Juan José Téllez